



Friedrich, C. D. (1808-1810). *Def Mönch am Meer (El monje frente al mar)* [Oleo sobre lienzo]. Late Nationalgalerie, Berlín, Alemania.

El Trauma de la Sociedad Positiva

Sebastián Padilla Sámano

Estudiante de octavo semestre en la Licenciatura de Psicología

Optimism is not only a false but also a pernicious doctrine, for it presents life as a desirable state and man's happiness as its aim and object. Starting from this, everyone then believes he has the most legitimate claim to happiness and enjoyment. If, as usually happens, these do not fall to his lot, he believes that he suffers an injustice, in fact that he misses the whole point of his existence.

Arthur Schopenhauer ¹

La Sociedad Positiva

El imperativo del pensamiento positivo rige el deseo de la sociedad actual; un estadio histórico caracterizado por el establecimiento de parámetros calculables, dirigibles y controlables, cuya finalidad es

establecer espacios de aparente bienestar en los que el sujeto es esterilizado de toda negatividad. Por medio del discurso, lo positivo se jacta de ser promotor de libertad, definiendo a la plenitud desde el allanamiento de la subjetividad, extinguiendo cualquier oposición que pueda cuestionar el ideal impuesto por el sistema social.

De igual manera, se elimina a través del mismo discurso a lo ajeno, uniformando todo posible devenir bajo una misma expectativa: la operatividad social. En palabras de Byung-Chul Han (2012/2015), “The society of positivity is dominated by the “transparency and obscurity of information in a universe emptied of events.” Compulsion for transparency flattens out the human being itself, making it a functional element within a system.” (p. 2-3) Como secuela se experimenta un empobrecimiento de la información, quedando despojada de significado ante su propio exceso.

Esta doctrina positiva que domina actualmente, permite al sujeto saberse susceptible a enfermar en alma y cuerpo. Sin embargo, le imposibilita asumir la experiencia del malestar, de integrar aquello que le aqueja. La fórmula que le soporta apunta a la felicidad como único fin de la existencia, entendiendo por ello un estilo de vida que permite la productivización y cosificación del sujeto, un rendimiento ininterrumpido despreocupado de angustias y faltas. La sociedad positiva se mueve en excesos, y es partiendo de esta observación que Byung-Chul Han (2010/2015) reconoce que “The violence of positivity does not deprive, it saturates; it does not exclude, it exhausts.” (p. 7) De este modo, la inmediatez y funcionalidad se vuelven estandartes de lo positivo.

Consiguentemente se establecen pautas colectivas para evitar el sufrimiento que entorpece el desempeño social, en otras palabras, de la carencia de felicidad. Si hay malestar el sistema se ve comprometido y debe salvaguardarse; la producción depende de la felicidad y la felicidad es inexistente sin la producción; por ende, existe una oposición a la negatividad, a lo posicionado fuera del sujeto, imposibilitando la división entre intimidad y alteridad. Las experiencias negativas son inicialmente cuestionadas, puestas al margen para ser analizadas y, eventualmente, reestructuradas dentro de los referentes individuales, excluyendo o integrándolas a lo propio. Sin embargo, es un proceso de carácter pausado e intranquilo, y “Nor does the society of positivity tolerate negative feelings. Consequently, one loses the ability to handle suffering and pain, to give them form.” (Han, 2012/2015, p. 5)

Ante esto, ¿cómo puede el sujeto tolerar la existencia si carece de referentes para interactuar y asimilar su naturaleza angustiante? El sujeto contemporáneo queda eclipsado ante la luz de la experiencia positiva, sin dar cuenta de las sombras que residen en su propia intimidad. El sujeto pierde la capacidad de reafirmarse a sí mismo, de decir no a lo ajeno, es así que se pierde la distinción frente a la otredad. “Negative potency [...] is the power not to do — to adopt Nietzsche’s phrasing, the power to say no. [...] The art of not to also provides an essential trait of contemplation.” (Han, 2010/2015, p. 20) La negatividad rompe con el fluir precipitado de la expectativa positiva. Representa, por esencia, una contradicción directa con el fugaz momento que tiene como rehén al sujeto.

El Trauma

Acorde a Tutté (2006), el concepto de trauma se comprenderá, grosso modo, como la oscilación permanente entre el mundo exterior e interior, entre realidad e intimidad, remarcando que el traumatismo en sí es consecuencia del roce entre lo factual y la integración subjetiva de la vivencia psíquica.

El trauma surge cuando el encuentro con lo real muestra ser demasiado angustiante o perturbador y el sujeto desamparado² queda preso de un exceso de excitación incontrolable. Su origen puede ser interno o resultado de un acontecimiento externo, invariablemente lo fundamental en su formación es que sobrepasa la suficiencia de excitación, instaurándose en la estructura psíquica del sujeto. En palabras de Colette Soler (1998), se dimensiona “El efecto del encuentro con un real, al menos en el sentido de un imposible de soportar” (p. 6) Con base en esto, se comprende una atemporalidad en el trauma; al no poder ser asimilado aflora continuamente, incapacitando la autorregulación del sujeto. No basta la contención del desbordamiento que atenta contra la estabilidad psíquica, puesto que el sujeto se halla eternamente absorto en un malestar insoluble y violento, ajeno al tiempo.

El Discurso Positivo del Trauma

La postura que guarda el pensamiento positivo respecto al trauma resulta contradictoria, ya que al imponer la idea de bienestar, se espera desaparezca todo malestar, pese a esto, en la misma lógica se ofrece el remedio para el malestar que no debió haber existido inicialmente. De acuerdo a Colette Soler (1998), podemos observar como en colectividad “[...] se fomenta un Otro reparador frente a los traumas. Es decir que en nombre de la solidaridad se fabrica un Otro que construye el discurso sobre el trauma y sus soluciones, y por lo consiguiente las ayudas necesarias.” (p.1) No obstante, el discurso positivo más allá de exponer la solución e inscribir las ayudas necesarias, impone una serie de demandas insustanciales para la convivencia social. Exige la expulsión de la negatividad, bombardeando constantemente al sujeto con la idea de la positividad como un medio para un fin; el fin de aniquilar toda posibilidad de sufrimiento. Lo positivo se cierra a la contemplación, previniendo el riesgo de ocasionar una descomposición en su endeble edificación. Por su naturaleza, lo positivo valora la comunicación en términos de información compartida y la velocidad de intercambio, mientras la negatividad lentifica la comunicación y favorece el desglose minucioso de la información.

² C. Soler en la Conferencia pronunciada en el Hospital Álvarez, el 15 de diciembre de 1998, alude a propuesta de Sigmund Freud del término “Hiflosigkeit, {la détresse), el “desamparo”, la falta de recursos. [...] hay desamparo cuando el sujeto se encuentra confrontado a una cantidad de excitación y que no tiene las fuerzas para soportarla, o canalizarla o repartirla.” El Trauma de la Sociedad Positiva

¹ Arthur Schopenhauer, The World as Will and Representation (El mundo como voluntad y representación) El Trauma de la Sociedad Positiva

Ante esto, un análisis más detenido revela que este discurso muestra una fragmentación significativa que lo diluye en un abanico de opiniones. Diálogos carentes de profundidad que se erigen como aparentes semblantes de la realidad. Soler (1998) postula que “[...] el sujeto moderno [...] no cree más en el semblante que permite dar sentido a lo real. Y es por eso que [...] los sujetos se han vuelto más traumatizables que antes.” (p. 4) El sujeto preso del pensamiento positivo, queda inmovilizado ante el exceso de opiniones que conforman el discurso actual. No cree porque es una tarea insufrible, casi irrealizable. La fragmentación es equiparable a la inconsistencia. Sin ejes estables para apoyarse, el sujeto queda desprotegido ante el trauma. En términos de Soler (1998):

Quando hay un discurso consistente, lo que quiere decir un discurso que propone significaciones estables, compartidas más o menos por todos y que ordenan los lazos, los sujetos están protegidos de las irrupciones brutales, y están protegidos de los traumas.

Por el contrario, cuando el discurso pierde su consistencia, cuando la pantalla se agujerea, lo voy a decir usando un juego de palabras de Lacan, hay *troumatisme* (agujeró/matismo), en francés *trou* significa agujero. Y además yo fabriqué otro juego de palabras, que es el *trop/matisme*, *trop* significa exceso, demasiado. Es decir, el traumatismo por vía no de un agujero, sino por vía de un exceso. ¿Exceso de qué?: de un exceso de real o de algo que amenaza. (p. 2)

La fracción del discurso positivo es vestigio de dicho proceso. El discurso agujereado se desgarran en diversas vertientes, desliendo su significado para acoplarse al pensamiento positivo y sus alabadas limitaciones. Se postula como verdad inconcusa, pese a estar únicamente en la piel de la realidad.

Convictions do not gain entry as ideologies, but only as ideology-free opinions. Opinions are matters of no consequence; they are neither as comprehensive nor as penetrating as ideologies. They lack cogent negativity. Therefore, today's society of opinion leaves what already exists untouched. (Han, 2012/2015, p. 7)

Toda opinión se vuelve omnicomprendiva, indiferente a la complejidad que constituye la realidad; actúan como certezas superficiales, cuyo único consuelo reside en su propia inmediatez. Frente a esto, el sujeto no conecta con estos discursos porque les falta sustancia y compromiso. El discurso muestra ser demasiado por comprender pues toda posible solución debe ser considerada, por ende está con

dición genera malestar en el sujeto ya que se espera que tome una postura sobre todo sin las herramientas para hacerlo. En consecuencia, toda contingencia se vuelve contención prematura, dejando al sujeto pendiente de un hilo deshebrado.

El Trauma Positivo

Lo positivo busca acaparar todo, le es imposible distinguir entre lo íntimo y la alteridad. Todo es válido mientras permita la aceleración y la operacionalización de la vida sin salir de los lineamientos establecidos, es decir, evitando a toda costa el aspecto contemplativo y autorreferencial de la negatividad, esa prevalencia en pesadumbre para solventar el encuentro con lo real.

El sujeto traumatizado acorde a Soler (1998) “[...] es un sujeto que no tiene “répit”, descanso, y todo su interés, toda su libido está captada por lo que llamamos el recuerdo del momento traumático.” (p. 4) Bajo la doctrina positiva, el sujeto vive en un interminable presente que se desenvuelve sobre sí mismo y cuya única certeza es la inexorable saturación de felicidad; así se pierde la capacidad de retener el recuerdo, pues el presente contiene todo aquello que requiere para el desempeño social, se instaura en la comodidad de la inmediatez desmedida. Como el evento traumático, el orden positivo comprende un bucle inquebrantable y si dicha condición se ve enfrentada por la posibilidad de percibir la realidad desnuda fuera del lineamiento positivo, el sujeto es lazado a un eterno malestar, de ahí que Byung-Chul Han (2010/2015) identifique que “today violence issues more readily from the conformism of consensus than from the antagonism of dissent” (p. 48) Toda experiencia no planificada y promovida por lo positivo es un hito que perturba a la psique, amargamente vívida y mórbida, dejando al descubierto el incuestionable desamparo que caracteriza al sujeto positivo y al que se ha permitido sucumbir.

Así mismo, la falta de productividad presupone un error en la funcionalidad y constitución del sujeto, lo cual significa un incumplimiento en las demandas impuestas por este orden y se le enjuicia como un ser sufriente. De este modo, se percibe expuesto a un estado incontrolable e innombrable dentro del cual no se reconoce. La sensación de incertidumbre trastoca su vulnerabilidad, imposibilitando su capacidad para integrar las experiencias angustiantes. Al encontrarse carente de herramientas y envuelto por un discurso fragmentado en opiniones, se ve sin un referente apropiado para sobrellevar la realidad, no se logra apropiarse la existencia. Así los deseos y angustias sentados en la intimidad del sujeto son deslavados, causando que se repliegue sobre sí una alienación de su intimidad. El malestar que aflora en el interior se rehuye y desconoce con la misma prisa que el exterior. La falta de reconocimiento dentro de este gran esquema que no perdona pasividad

ni ocio, forza al sujeto a servirse del discurso superficial con que cuenta de manera inmediata, optando por tazar lo incierto sucumbiendo a la ilusión de control y evitando, fallidamente, enfermar a toda costa.

La fatiga y vulnerabilidad desencadenada por la actual estructura de positividad deriva del incesante encuentro con lo real, experimentado desde un perpetuo desamparo. Esto da pie a un aplanamiento que cercena la dimensión del sujeto siempre traumatizado, exhibiendo los disturbios incesantes largamente subyugados por la existencia activa que exige la sociedad actual. La misma necesidad de diluir esta condición a través de discursos y espacios pulcros de negatividad, potencian su presencia, provocando una aparente disociación del vínculo insoportable con la existencia y la intimidad; con la insoportable realidad de la que no se puede deslindar.

Conclusión

La sociedad positiva se vuelve progenitora y solución al trauma, fomentando a través del discurso una imagen de sí inamovible e imparabile, presentando una contradicción inherente en su propia concepción, un oxímoron puro. Su orden atenta contra la capacidad del sujeto para generar los recursos necesarios que le permitan integrar las experiencias angustiantes de la vida y salvaguardar su estabilidad psíquica. Se habla de sujetos traumatizados, ya que todo instante representa una efracción con el orden positivo en el que se encuentran absortos, mostrando una realidad ajena a su marco referencial y, por ende, angustiante.

Por otro lado, el pensamiento positivo responde a un orden atemporal, al igual que el trauma, que refleja el conflicto interno del individuo en el mundo exterior. Es una condición ajena al tiempo que no permite la contemplación en el sujeto, pues todo es un momento efímero que retorna a lo mismo. Adjunto a esto, el discurso severamente fragmentado de la actualidad, deja sin referente sólido al sujeto para sobrellevar el encuentro con la realidad, tornando todo roce con la misma en un apabullante malestar que lo deja herido en cuerpo y alma. Sin el aspecto contemplativo de la negatividad, para el sujeto la mínima posibilidad de experimentar inconformidad muestra ser un evento excesivamente perturbante que a nivel social, se presenta una fobia al sufrimiento y el malestar.

Referencia Bibliográfica

- Han, B. (2015). *The Burnout Society* (E. Butler, Trans.). Stanford Brief. (Original work published 2010)
- Han, B. (2015). *The Transparency Society* (E. Butler, Trans.). Stanford Brief. (Original work published 2012)
- Soler, C. (1998). *El trauma*.
- Tutté, J. C. (2006). El concepto de trauma psíquico: un puente en la interdisciplina. *Aperturas psicoanalíticas: Revista de psicoanálisis*, (23), 1.